

El sueño de un romántico alemán

El rey de Novalis



Creemos haber hablado alguna otra vez a nuestros lectores de aquel ensayo que Novalis, el romántico alemán que murió de tisis a sus 29 años en 1801, dedicó a lo que debe ser un rey. Para él era rey el de Prusia, no emperador de Alemania entonces.

Novalis era ingeniero de minas, y como tal acaso hubiese podido llegar a ser imperialista; pero era ante todo y sobre todo poeta, y en categoría de poeta no pudo pasar de monárquico. Pero de monárquico de un rey tal y como él se lo imaginaba; un rey que representase la opinión pública de su pueblo y se identificara con la intelectualidad («intelligenz»). Y este rey, según la mente y el deseo de Novalis, era como no podía menos de ser eminentemente civil.

«Un rey, como un padre—escribía Novalis al finalizar el siglo XVIII,—no debe mostrar ninguna preferencia. No debería tener compañeros y ayudantes meramente militares. ¿Por qué no también civiles?» Novalis dice «zivillistische», que haríamos mejor en traducir civilistas. Porque hay paisanos, ya que no civiles, militaristas, así como hay militares muy civilistas. Pero las camarillas que rodean a los reyes, por lo menos así ha sucedido en España, suelen ser militaristas y clericales; es decir, anticiviles en doble sentido.

Un rey no más que rey, es decir, cuya suprema aspiración sea la de regir, puede muy bien ser civilista, y debe serlo; pero en un rey con secretas o manifiestas tendencias al imperialismo—por chico y menguado que el imperio sea—ha de propender al militarismo y hasta por muy adversos que los militares le sean. Y la peor desgracia que a un reino puede caberle es la de tener a su frente o sobre sí un ex futuro emperador, como en algún tiempo soñó en ser emperador o emperadorcillo, cesarín. Un emperador fracasado ha de sentirse como enjaulado en la nueva y pura realeza, sobre todo si ésta es constitucional.

Y en cuanto al ensueño de Novalis de que el rey se identifique con la intelectualidad de su pueblo, esto apenas es posible con un rey de tendencias o instintos imperialistas. Porque el imperialismo, como el militarismo, odian la intelectualidad; la intelectualidad se les aparece como la sustancia de la indisciplina: El odio de las camarillas militaristas es el intelectual, que se rie de las jerarquías oficiales.

Un hombre de alma de emperador, no ya de rey, puede interesarse por lo que él cree que es ciencia y arte, pero no es más que ingeniería. Un hombre así no suele apreciar ni la ciencia pura ni el arte puro, ni menos la filosofía o la religión. Protegerá a un Edison o a un Marconi, pero no a un Newton o a un Cauchy, y mucho menos a un Spinoza o a un Shélléy. Comprenderá el que se busque Wolfram para hacer planchas de acorazados o saltos de agua o se cultive la cirugía, comprenderá bien o mal—más mal que bien—lo que se llama la ciencia aplicada, pero aquella ciencia por la ciencia, aquella rebusca del saber por satisfacerse sabiendo; aquello de que últimamente hablaba con tan noble elevación H. Poincaré, el filósofo y matemático, esto apenas lo comprenderá. Y en el arte mismo llegará a ocurrírseles si es





o no es patriótico, y en todo caso no verá en él más que pedagogía. La concepción y el sentimiento que de la ciencia y del arte tiene un soberano imperialista, son una concepción y sentimiento genuinamente jesuíticos. Porque es sabido que a los jesuitas nunca les ha cabido ni en el corazón ni en la cabeza la sustantividad de la ciencia y del arte; para ellos no pasan de ser ingeniería y abogacía.

Claro está que puede darse, aunque sea difícilísimo que se dé, un emperador nada imperialista, un emperador a pesar suyo; pero no un rey que haya aspirado a emperador y no participe de esas concepciones jesuíticas. Y en cambio hay mucha parte de pueblo, ¡pero mucha!, que tampoco se eleva sobre la ingeniería, la abogacía y la pedagogía. Como que las democracias suelen ser no pocas veces desgraciadamente, imperialistas. El imperialismo sueña con imperar, con mandar, sea a quien fuere o a lo que fuere, y ciencia y arte no son para él más que instrumentos de mando, de imperio, aunque sea sobre la naturaleza. Y le parece un loco el que estudia a ésta para mejor conocerla, para vivir más intensa e íntimamente en su contemplación, y acaso prefiere las ciencias que pasan por más inútiles como la astronomía y se engolfa en el estudio de los anillos de Saturno, de donde no ha de sacar ningún metal para forjar aquí nuevas máquinas, o se deleita en el arte que busca la hermosura y no hermohear nuestro pleito.

La intelectualidad con la que el soñador Novalis quería que se identificara el rey era la intelectualidad en el más puro y elevado sentido. Pero el pobre Novalis, aunque ingeniero de minas, no era más que un poeta; es decir, era todo un poeta, era nada menos que todo un rey poeta. ¡No un rey que hiciera versos, no!, y menos que los publicase. Un rey que publicase versos estaría en camino de llegar a hacerse un Nerón. ¡Ay del que no se los celebre! No, un rey poeta es un rey poeta; es decir, creador, en cuanto rey; es uno que como rey, y rigiendo, crea valores políticos y civiles. El mismo Novalis hablaba del reino como una obra de arte.

Una obra de arte, ¡claro está!, no es un juego. Y nada acaso está más lejos del sentido artístico que el sentido deportístico. Gozar de la belleza y hacer que otros gocen de ella no es divertirse en juego alguno. Y si el arte es, según Schífer, juego, lo es en un sentido mucho más elevado y hondo que el que un deportista pueda comprender. Juego es, por ejemplo, en el más alto y hondo sentido la revolución. Y comprendemos un alma de poeta enamorado de la revolución pura, de la revolución por la revolución misma; un alma que crea, no que habiendo cosas malas hay que cambiarlas de repente por buenas, sino que creo que sólo se vive de veras en el cambio, y que viéndose en el cambio hay que cambiar para vivir, y que para cambiar hay que ir a buscar lo que se cambie, sea bueno o malo. Para este poema el lema será: «Vale más lo malo por conocer que lo bueno conocido». Y es que lo bueno es ir a conocer, escudriñar, y lo malo es haber ya conocido.

MIGUEL DE UNAMUNO

188

